





100% SOSTENIBLE  
100% RESPONSABLES  
100% COMPROMETIDOS

## ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO<sub>2</sub> por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m<sup>2</sup> de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a [info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com).

# CREER EN LAS FIERAS

## NASTASSJA MARTIN

TRADUCCIÓN DE TERESA LANERO LADRÓN DE GUEVARA



errata naturae

*A todos los seres de la metamorfosis,  
aquí y allá.*

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2021

TÍTULO ORIGINAL: *Croire aux fauves*

*Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Cultura y Deporte*



LEER=  
+♥♥♥♥

© Nastassja Martin, 2019

© Editions Gallimard, 2019

© de la traducción, Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2021

© Errata naturae editores, 2021

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25  
28012 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-17800-84-0

DEPÓSITO LEGAL: M-25381-2021

CÓDIGO IBIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Laura Agustí Bañolas

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Yo ya he sido antes un muchacho y una muchacha,  
un arbusto, un pájaro y un mudo pez de mar.*

EMPÉDOCLES,  
SOBRE LA NATURALEZA, FRAGMENTO II7

OTOÑO



El oso se marchó hace varias horas y yo espero, espero a que la niebla se disipe. La estepa está roja, las manos están rojas, el rostro tumefacto y desgarrado no parece el mismo. Como en los tiempos del mito, es la indistinción quien reina, yo soy esa forma incierta, con los rasgos desaparecidos bajo las brechas abiertas del rostro, cubierta de humores y sangre: es un nacimiento, pues resulta obvio que no es una muerte. A mi alrededor, los mechones de pelo marrón endurecidos por la sangre seca cubren el suelo y recuerdan el combate aún reciente. Desde hace ocho horas, tal vez más, espero a que el helicóptero del Ejército ruso atraviese la niebla para venir a buscarme. Cuando el oso huyó, me ató la pierna con la correa de la mochila. A su llegada, Nikolái me ayudó a vendarme la cara y me vertió por encima nuestra preciada reserva de *spirt*<sup>1</sup>, que

<sup>1</sup> «Alcohol» en ruso (salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora).

se derramó por mis mejillas mezclado con lágrimas y sangre. Después me dejó sola y se llevó mi pequeño Alcatel de campo para llamar a los servicios de rescate desde lo alto de un promontorio. Seguramente se fue pensando en la red inestable, en el teléfono antiguo, en las antenas lejanas, en que todo funcionase, porque estamos rodeados de volcanes, unos volcanes que antes celebraban nuestra libertad y que ahora escanden nuestro encierro.

Tengo frío. Busco a tientas mi saco de dormir y me abrigo con él como puedo. Mi mente se va con el oso, vuelve, da vueltas, crea vínculos, analiza y descompone, levanta castillos de superviviente en el aire. Por dentro debe de parecer una proliferación incontrolable de sinapsis que envían y reciben información con más rapidez que nunca, en un tempo onírico: deslumbrante, fulgurante, autónomo e ingobernable. Sin embargo, nunca nada ha sido más real ni más actual. Los sonidos que percibo están ampliados, oigo como la fiera, soy la fiera. Me pregunto por un instante si el oso volverá de una vez por todas para acabar conmigo o para que yo acabe con él, o para que los dos muramos en un último abrazo. Aunque ya sé, lo noto, eso no sucederá, él ya está lejos, va tambaleándose por la estepa de altitud con el pelaje perlado de sangre. A medida que él se aleja y que yo recupero mi ser, ambos volvemos a ser dueños de nosotros mismos. Él sin mí, yo sin él, sobrevivir a pesar de lo perdido en el cuerpo del otro, lograr vivir con lo arrebatado.

Lo oigo mucho antes de que llegue. A Nikolái y a Lanna, que han regresado conmigo, les resulta sin embargo

inaudible; ya viene, digo, pero si no hay nada, responden, solo nosotros en la inmensidad con una bruma que sube y baja. Pero, al cabo de varios minutos, un monstruo de metal naranja, superviviente de la época soviética, acude por fin para sacarnos de este lugar.

En Kliuchí es de noche, una noche profunda. Kliuchí. El «pueblo llave». El centro de entrenamiento, la base secreta del Ejército ruso en la región de Kamchatka. Se supone que no debería saber que todas las semanas bombardean este pobre trozo de tierra desde Moscú para medir el alcance de las bombas y asegurarse de que, en caso de guerra, llegarán a las orillas americanas del estrecho. Tampoco debería saber que todos los nativos de la región —los evenos, los koriakos, los itelmenos—, o lo que queda de ellos, están reclutados aquí porque, sin renos y sin bosques, lo absurdo se vuelve normal y vienen a luchar por sus torturadores. Todo esto lo sé desde el principio, y lo sé porque mi trabajo consiste en enterarme de este tipo de cosas. Los evenos, con quienes comparto la vida diaria en el bosque desde hace meses, me contaron lo de las bombas que estallan por la noche cerca de los dormitorios comunes. En ocasiones se han reído de mis preguntas, me han mirado con recelo, me han tachado de espía, con amabilidad, con crueldad, con ironía, me han atribuido todos los papeles imaginables, pero siempre me lo han contado todo. Me han hablado del pueblo, del alcohol, de las peleas, del bosque que se aleja y, con él, la lengua materna que se olvida poco a poco, del trabajo que escasea,

de la patria salvadora... y de lo que el campamento de Kliuchí les ofrece a cambio.

Ironías del destino. El dispensario se encuentra en el pueblo llave y es allí donde aterrizamos, tras las alambradas de espino, tras las torres de vigilancia, en plena boca del lobo. Yo, que me reía para mis adentros al enterarme de todas esas cosas prohibidas sobre este lugar secreto, me encuentro ahora en el mismísimo corazón de la unidad de atención sanitaria para los soldados y los heridos de la cuasi guerra que se desarrolla en la zona.

Es una mujer mayor quien me cierra las heridas. La veo manejar el hilo y la aguja con una cautela infinita. He superado la fase de dolor, ya no siento nada aunque sigo consciente, no se me escapa un detalle, permanezco lúcida más allá de mi humanidad, disociada de mi cuerpo mientras aún lo habito. *Vsyo budet horosho*, todo va a ir bien. Su voz, sus manos, eso es todo. Miro los mechones largos, rubios y rojos que caen a mis pies mientras me corta el pelo para suturar las heridas de la cabeza, que milagrosamente no se ha partido en dos; en vano, lucho por distinguir alguna luz, pero la profundidad de la noche es opaca, dolorosa, infinita, no se sale de ella así como así. Es entonces cuando lo veo. El hombre gordo y sudoroso que acaba de entrar en la sala me apunta con su teléfono, me saca una foto, quiere immortalizar el momento. El horror tiene un rostro que no es el mío, sino el suyo. Me enfurezco. Tengo ganas de abalanzarme sobre él, de abrirle el vientre, de sacarle las tripas y de taladrarle el maldito teléfono a la mano para que se haga el selfi más bonito de su

vida mientras la pierde, pero no puedo. Sólo puedo mascullar que pare y taparme la cara con torpeza, estoy rota, quebrada. La mujer mayor lo entiende, lo echa de la sala y cierra la puerta, la gente, dice, ya sabe usted cómo es.

El resto de la noche pasa así, con ella, que cose, lava, corta y vuelve a coser; pierdo la noción del tiempo, que ahora vuela, ambas flotamos en un océano oscuro con olor a alcohol, arrastradas por una marejada ascendente y descendente. Al día siguiente, a mediodía, vienen a buscarnos, el helicóptero está ahí, va a trasladarme a Petropávlovsk. Una especie de bombero ruso desciende, grande, sonriente, vestido de rojo, reconfortante. Me ofrece una silla de ruedas, la rechazo, me levanto, me apoyo en su hombro para bajar la escalera, blanco gris blanco gris, franquear la puerta, llegar a la explanada de hormigón. Allí, la gente se congrega para admirar el espectáculo con el móvil al acecho, vuelvo a taparme la cara con la mano libre, evito los *flashes* y, sujeta por mi salvador, me lanzo por segunda vez al interior del vientre del helicóptero.

El viaje transcurre en un estado de semiconsciencia, siento frío, la sangre que me baja por la garganta me causa dolor al respirar. Al llegar, los médicos me obligan a tumbarme bocarriba en una camilla. Les digo que es imposible, que así no puedo respirar, pero ellos se empeñan y comienzan a sujetarme entre varios, parece como si estuviera aquí toda la unidad, me ahogo. Gritan, chillan, siento un pinchazo en el brazo inmovilizado, luego, de golpe, todo se detiene, las luces se mecen, pierdo el conocimiento por